

APÉNDICE  
AL PROCURADOR GENERAL  
DE LA NACION Y DEL RET.

DEL DIA 25 DE MAYO DE 1814.

*La sabiduría con que está escrita la siguiente Representacion del Excmo. señor Arzobispo de Santiago, y el celo apostólico que ha acreditado en estos últimos tiempos, en que combatida atrozmente la autoridad eclesiástica por los novadores, la ha sostenido exponiéndose á las persecuciones de los malvados, y aun prestándose á la expulsion voluntaria de estos reynos, á que le obligaron los sacrilegos atropellamientos de aquellos, nos estimatan poderosamente á reimprimirla con el objeto de vindicar en algun modo la buena fama y honor que se debe á tan sabio y respetable Prelado.*

Serenísimo señor: — El arzobispo de Santiago, oprimido de representaciones de los habitantes de su diócesis y de las sufraganeas, no puede ménos de elevar á la suprema atencion de V. A. el fuerte y clamoroso empeño que los pueblos de este fidelísimo reyno manifiestan por restablecer en toda su fuerza y vigor el santo tribunal de la Inquisicion.

Está muy léjos el arzobispo de querer probar la necesidad de un establecimiento que creyó siempre útil, ni de manifestar los gravísimos perjuicios que resultarían de abolirle: ha predicado mas de una vez su importancia; en dos ocasiones ha representado en su favor al augustó Congreso, á quien piensa acudir de nuevo al frente del clero, si se lo permitiesen lo apurado y crítico de las circunstancias: el arzobispo, por ahora, se limitará solo á la sencilla y fiel exposicion de las razones que le asisten para hacer llegar á oídos de S. M. las súplicas y ruegos de mas de un millon de españoles, que para ello le executan y estrechan con las mas vivas y continuas instancias.

Desde los primeros instantes de nuestro glorioso levantamiento observó el arzobispo la constante adhesion que los habitantes de este reyno tienen á la antigua creencia y cristianas costumbres, que quieren conservar, aun á costa de sus vidas, tan puras como se las transmitieron sus antepasados; los primeros gritos que entónces se oyeron por su querido FERNANDO iban acompañados de odio á las novedades, y de aficion á los antiguos establecimientos, particularmente al de la Inquisicion: á voces se pidió en aquellos felices dias que saliese su estandarte en procesion al lado de la imágen del apóstol Santiago. Jamás se notó la mas leve mudanza en este cristiano modo de pensar; y á pesar de las vi-



cisitudes y alteraciones que ha sufrido el Gobierno, notó siempre el arzobispo el profundo horror con que toda clase de gentes se explicaba, no solo contra los escritores que, en su concepto, respetan poco la sana doctrina, sino tambien contra algunos ilustres Diputados del sábio Congreso, que en la fuerza de la disputa, y en el acaloramiento de la discusion prorrumpieron en expresiones, á que los piadosos oídos de los timoratos no están acostumbrados. Advirtió igualmente el arzobispo que la indignación y furor de estos habitantes contra doctrinas para ellos del todo nuevas, y el odio á papeles lascivos y peligrosos, se aumentó sobre manera quando por los abusos de la libertad de imprenta vieron escarnecidos los poderosos motivos de su glorioso levantamiento y las causas principales de su heroica firmeza en llevarle adelante. Clamaban por justicia al ver en descrédito la Religión, desautorizada la monarquía, y ajado el augusto nombre de FERNANDO. ¡Quánto no se quejaron de los insultos hechos en poesías á la Iglesia, de los golpes dados en proclamas á la pátria, y del desprecio y falta de respeto y decoro con que algunos periódicos han hablado de nuestros mejores reyes, de nuestros mas religiosos héroes, y de nuestros mas célebres sábios!

El arzobispo, que notaba todo esto, advertía tambien que los pueblos no desesperaban del remedio á tantos males, mientras seguía en pie el baluarte del altar y del trono, la columna del estado y de la sociedad. Mientras los pueblos creyeron seguro el santo tribunal de la Inquisición, sufocaron su dolor y reprimieron su sentimiento: gemían en silencio, aguardando dias mas serenos en que poder hacer ver los daños que trae consigo la libertad mal entendida de escribir. Pero así que empezó á correr la voz de que en el augusto Congreso se discutía la continuacion de dicho tribunal, con muchos recelos ó pocas esperanzas de que prosiguiese; luego que supieron que algunos periódicos, olvidando la moderacion cristiana y el pundonor español, en lugar de pruebas y argumentos, no hacen otra cosa que vomitar sarcasmos, inventar cuentos absurdos ó infamar á los que no son de su dictámen; cansada su paciencia, llenos de sobresalto y temor, rompieron el silencio, y por una especie de unánime, general y secreta inspiracion dirigieron casi al mismo tiempo al arzobispo y á la junta superior representaciones, memoriales y quejas clamando por el escudo de la Fé, y por el firme apoyo de su seguridad.

Por algun tiempo el arzobispo, imitando la generosa y sufrida conducta de los pueblos, quiso desentenderse de algunos avisos que le hacían responsable de las calamidades que amenazaban á la pátria, si por su parte no contribuía á refrenar en los principios la licencia y loca manía de los papeles públicos. Censuraban altamente el desprecio con que el arzobispo miró á tantos libelos como estampaban contra él; con franqueza le reprehendían el sufrimiento con que aguantó tanta no merecida calumnia; le acriminaban sin rodeos el silencio profundo con que ha contestado á treinta meses de injuriosos anónimos, de indecentes dia-



tribas y de horribles personalidades. Al contrario, en esto creía el arzobispo dar á sus diocesanos y á toda la España un exemplo de moderacion y de paciencia, prometiéndose que callando él, enmudecerian la maledicencia y la iniquidad: consintio en que no contestando nunca, cesaria por falta de respuesta la cruel persecucion que le movieron algunos periodistas. Por otra parte ¿qué hubiera adelantado el arzobispo con tomar la pluma para defenderse? Ocupar al público con una miserable disputa, y distraer con ella á las autoridades de sus principales obligaciones. Consintió, repite, en reducir al silencio á sus contrarios, y obligarles á callar á fuerza de paciencia y sufrimiento: pero el arzobispo ha conocido muy á cuenta suya que para con los perversos no bastan buenas intenciones, y que nada valen los mejores deseos del mundo contra el odio y la venganza. Ha sabido con haro dolor de su corazon que sus enemigos no desistian hasta precisarle á imprimir un manifesto, de que pensaban aprovecharse para perpetuar esta contienda, acusándole al Gobierno como desafecto á las Córtes, y opuesto á la libertad de imprenta. Sin embargo, el arzobispo no está arrepentido, ó mas bien vive satisfecho de su anterior conducta: mas quiere padecer la nota de demasiada sufrido que incurrir en la censura de enemigo de las Córtes, y contrario á sus decretos. Si el arzobispo no tuvo la satisfaccion de reprimir el desenfreno de sus contrarios, se complace á lo ménos de no haber dado armas á la perversidad, que espiaba las ocasiones de precipitarle en un abismo de pleytos y controversias.

De todos modos, para no partir de ligero en un asunto de tanta importancia, le pareció conveniente no hablar tan presto, y pensó, como los pueblos, que no habia que desesperar entretanto que subsistiese el tribunal de la Fd. Tampoco creyó oportuno ni acertado dar el ruidoso paso de representar hasta que llegase el lance de poder asegurar á V. A. que el voto general de este país, el deseo general de los leales gallegos es que de ningún modo se toque al santo tribunal de la Inquisicion. Este caso llegó, señor, y sobre V. A. llovieron representaciones en tanto número y en tales términos, que si alguna vez se ha podido llamar voluntad ó expresion general de una provincia, ha sido sin disputa alguna esta: se apresuraron entónces á hacer conocer sus deseos: no dexaron piedra por mover para dar la mayor publicidad á sus opiniones; tomaron todas las medidas posibles á fin de que el Gobierno no las pudiese ignorar, todo para que no llegase el doloroso caso de ver aprobado y publicado el decreto de la abolicion de la Inquisicion.

Pero, señor, tambien ha llegado este terrible caso; y fiados en la acendrada religion de S. M., y en el zelo de V. A. por la tranquilidad del estado, insisten otra vez en representar por el tribunal de la Inquisicion, y manifestar con mas claridad acerca de ella su modo de pensar. A pesar de tantos discursos impresos y pronunciados contra el tribunal, en órden á él, todo el reyno de Galicia sigue pensando como nuestros mas católicos reyes: sin el freno y vigilancia continua de este san-



to tribunal, el clero reputa muy expuesta la sana doctrina; temen las autoridades constituidas ser víctimas de la desobediencia y rebelion; en inminente peligro consideran á la seguridad personal los pacíficos ciudadanos. En su dictámen, extinguido el Santo Oficio, queda puerta franca á la discordia de las familias, y al desórden de los pueblos: se rompe el dique, que oponiéndose á los furores del cisma, impide las calamidades de la anarquía. Desaparecerá, segun los sumisos y obedientes gallegos, la maravillosa concordia que en cinco años de efervescencia ha obrado los prodigios que tanto admiramos: privados de este centinela del órden, no disfrutarán mas de la envidiable y heroica union que les hace invencibles: creen mas interesada en su permanencia á la politica que á la piedad, y no dudan que en su abolicion mas pierde el estado que la Iglesia. Así lo dicen en sus nuevas representaciones los ayuntamientos y alcaldes constitucionales, ilustres caballeros y pundonorosos militares, sábios magistrados y acreditados comerciantes: así lo publican en sus quejas y lamentos labradores y menestrales, artesanos y jornaleros: entre todos estos se distinguen por su eficacia y energía los que son padres de familias: parten el corazon las sentidas razones con que manifiestan la casi certeza, de que abolida la Inquisicion, sus hijos serán alumnos del ateismo, y sus hijas tristes víctimas de la disolucion.

Poco ó nada falta, señor, para que muchos de los habitantes confundan al tribunal con la Religion, en su language sencillo, como que significan una misma cosa Inquisicion y catolicismo: acostumbrados desde que nacen al sumo respeto al tribunal, miran como dogma fundamental de la Religion y de la sociedad tan saludable establecimiento: inherente á la Inquisicion consideran aquella celestial doctrina, en cuyo obsequio con tanto gusto cautivan ellos su razon, y de consiguiente sin Inquisicion juzgan que el cristianismo pasará á ser luego un mero sistema de hombres, que será el evangelio una opinion terrestre y variable, fálible y mundana; y que dexará de ser revelada y divina nuestra Santa Religion, con tal que falte la irresistible autoridad que imponga silencio al espíritu de disputa, y cierre los labios á la libertad de dudar y de escribir.

Esta opinion, señor, que no aprobamos, ni que tampoco es general sino en la clase ménos instruida del pueblo, es en parte excusable, y tiene á su favor quanto ha ocurrido desde el establecimiento de la libertad de la imprenta, y particularmente desde que vino y circuló el decreto de la abolicion del tribunal. Por poquísimos facciosos se han celebrado fiestas escandalosas en celebridad de la extincion del Santo Oficio: han sido insultados del modo mas horrible quantos representaron por la Inquisicion, es decir, casi todos los leales gallegos han sido ofendidos é ignominiosamente provocados. Los escritores públicos se han desatado en blasfemias é impiedades: las imprentas en estas seis semanas han vomitado atrocidades y horrores, que serán el oprobio de la presente época, y la afrenta del nombre español. No hay género alguno de atroz atentado



contra el sosiego público y la creencia de nuestros mayores, que no se haya cometido en estos calamitosos dias de confusion y desorden. Han sido necesarios toda la prudencia y vigilancia de las autoridades, y la bien sabida y habitual docilidad del pueblo para evitar las tropelías, incendios y asesinatos que de continuo predicán por pasquines y carteles en las esquinas, y con impresos que repartén gratis, extienden por las aldeas, ponen en las posadas y mesones, y fixan en los sitios mas públicos de caminos y lugares. S. M. el sábio Congreso, determinando la extincion del Santo Oficio, estaba bien lejos de querer dar á la rabia contra la Inquisicion autoridad y poder para insultar y zaherir á los que solicitaron su continuacion, las Cortes por lo mismo se llenarán de indignacion, quando sepan que su decreto contra el Santo tribunal, y las exáltadas felicitaciones que sobre esto tuvieron la bondad de admitir, han sido señal de persecucion y arbitrariedad para unos, de ignominia y opresion para otros. El arzobispo ni nadie pueden persuadirse á que el soberano Congreso haya pensado autorizar á los enemigos de la Religion para perseguir abierta y ferozmente á la Iglesia de España; pero el arzobispo y todos estan viendo que los perversos calumnian, denigran y provocan al clero con tanta seguridad; dogmatizan, publican errores é imprimen heregias con tanta confianza, como si estuvieran escudados para todo con algun salvo conducto del Gobierno.

Bien conoce el arzobispo que el Gobierno no lleva correspondencia con los que así provocan y se desmandan; pero por desgracia, á los pueblos y al arzobispo les sobran motivos para recelar que estos facciosos tienen amparo y proteccion en el seno mismo de las Cortes. Nuestros pocos contrarios en esta lid se alaban de que á su influxo y manejo debieron nuestras representaciones la injusticia de no haberse leído en el Congreso, y se glorían de que con este mismo influxo impedirán la lectura de las que se dirigen por su restablecimiento. Como del todo obra suya, como triunfo propiamente suyo, celebran el aplauso con que en las Cortes se oyen las enhorabuena que por la abolicion del Santo Oficio hacen personas, cuyo voto, por respetable que sea en otras materias, es poco ó ninguno en las eclesiásticas y religiosas, y digno del último, desprecio, comparado con el dictámen de tanto número de ilustres obispos teólogos eminentes y sábios canonistas. ¿No ha llegado la descarada audacia al increíble extremo de citar fingidas cartas de favor y recomendaciones supuestas, que atribuyen á diputados ilustres, para á su sombra y con ellas arrancarnos la libertad de representar; y una vez intimidados, hacernos la fábula del vulgo, y reducirnos al mas injusto silencio? Este ilegal propasarse á deprimir, atropellar y escarnecer á los de opuesto dictámen; este anticonstitucional descomedirse por exaltar hasta las nubes su opinion con fiestas, elogios y panegiricos, ha sido la causa de que por esta vez la nacion haya creído oír, no la voz paternal y magestuosa de un Congreso augusto que habla con grandeza y dignidad á los pueblos, sino el subversivo é insultante clamor de una ra-



biosa faccion que canta victoria, de un modo hostil, por vengarse de sus rivales y competidores; no son estos desórdenes, excesos contra el bien parecer, contra la decencia y buenas costumbres; no son demasías que solo ofenden á las reglas de la atencion y á las máximas de una educacion culta y esmerada; ni crímenes de que deban desentenderse la autoridad y la ley; son verdaderos delitos contra la Constitucion, atentados inauditos contra las Cortes, abominables desafucros contra sus decretos. Por eso en los anuncios y reconvencciones de los sediciosos solo hay desaños y amenazas: á burlas amargas y á mofas crueles se reducen sus quejas y oficios: ¿en qué consisten sus argumentos y razones sino en improperios y blasfemias, que reclaman la severidad de la justicia y el rigor de la venganza nacional? Han prometido ó hacernos odiosos á los pueblos, ó aborrecibles al Gobierno, colocarnos entre el envilecimiento y la proscripcion para que escojamos entre el oprobio y el destierro. ¿Qué dirán los fieles de nuestra debilidad, si vén á sus obispos y párrocos abandonar una doctrina que tantas veces les han predicado? ¿Qué pensarán de nuestra firmeza las Cortes generales, si tenemos la desgracia de que los periodistas conviertan á nuestras humildes representaciones y súplicas reverentes en actos de desobediencia y en medidas de oposicion? En uno de estos dos inevitables extremos quieren precipitarnos: intentan, ó indisponernos con nuestros diocesanos, ó desacreditarnos ante el Gobierno con pérdida cierta de la Religion y de la patria, y con manifiesta ruina del estado y de la Iglesia, empleando para ello los medios mas ilícitos, las armas prohibidas del soborno, de la calunnia, de los anónimos, de los incendiarios libelos, de las juntas clandestinas y tumultuarias.... A V. A. se le resistirá creer el triste y desconsolado espectáculo que ofrece Santiago y su provincia en estos calamitosos dias.

A vista de tantos males ¿qué mucho que el pueblo identifique á la Fé con la Inquisicion, y que clame por un tribunal que restablezca el orden y la tranquilidad tan comprometidos y expuestos tanto tiempo hace? ¿Qué mucho que griten porque sus párrocos, sus prelados, sus obispos salgan á la defensa de este tribunal, que hagan ver que se opone al evangelio su abolicion? Para prueba no se valen de sublimes teorías ni de recónditos argumentos, citan hechos, alegan con la experiencia, y apelan á la historia: dos años de cruda guerra sobre materias de Religion, legislacion y política, de competencias civiles, eclesiásticas y militares, de rivalidades, de facciones y de partidos, prueban demasiado en favor del tribunal, que en cuatro siglos mantuvo la paz doméstica, el sosiego interior y la unidad religiosa en las tantas y tan opuestas provincias de que se compone la península. Los que mas se precian de ilustrados y poco afectos al tribunal, no extrañan esta práctica y popular dialéctica del paysanage, y alaban la sagaz penetracion de los que han visto asomar al tolerantísimo religioso y al libertinaje en los decretos contra la Inquisicion. Para estos ilustrados no son sinónimos



Inquisición y Fé; pero están en la persuasión de que el Gobierno perderá la fuerza moral de la opinión, y que en el actual orden de las cosas se minarán impunemente los fundamentos de la sociedad, no accediendo á los ruegos de los pueblos, sobre todo representando como los de Galicia con la eloquencia victoriosa de la moderacion, y con la lógica irresistible de la experiencia. Los fundados temores y sobresaltos de los no doctos abrieron los ojos á los sábios, dieron mucha luz á sus reflexiones, y aunque por diferentes principios y bien distintas razones, unos y otros piden el restablecimiento de la Santa Inquisición, y unos y otros quieren pedirla por medio de su arzobispo, precisándole por tercera vez á molestar la atencion de V. A.

El arzobispo, señor, como ya insinuó, no dirige á V. A. la opinion y doctrina del clero de este reyno, eleva á la atencion suprema del augusto Congreso la voz general de esta provincia, el grito comun de estos pueblos, recelosos de que la abolición del tribunal atropella el poder espiritual de la cabeza visible de la Iglesia. Pero mientras él y el clero se ocupan en una fundada exposicion que manifieste los peligros, absurdos y nulidades que creen hallar en la extincion del tribunal y en el establecimiento del nuevo, suplican á V. A. se digne oír los ruegos, súplicas y clamores de toda esta leal provincia. Cautivos los que son delicia y regalo de los leales españoles, en las garras del tiráno los dos desgraciados séptimos Pío y FERNANDO, creen muy digno de la magnanimidad española no tocar ni remotamente á los derechos de los dos augustos prisioneros; y así como en el sábio Congreso se aclaran y sostienen los derechos de la monarquía, sería muy de desear la convocacion de un concilio nacional, donde se declarasen y defendiesen los derechos del soberano Pontífice. Este concilio, señor, tranquilizará las conciencias, aquietará los ánimos y restablecerá el sosiego porque clamamos todos. = Señor = Rafael, arzobispo de Santiago.

Serenísimo señor: = El dean y cabildo de la Santa Iglesia catedral de Orense ha suplicado á S. M. en 6 de Junio del año próximo de 1812 tuviese á bien conservar y reponer en todas sus facultades al tribunal de la Inquisición, representándole reverentemente los graves perjuicios que iba á experimentar la Iglesia y el Estado, aboliendo un tribunal á quien se debe en gran parte el que España se conservase brillante en su estado religioso y político en el mismo tiempo en que otras naciones padecian las mayores agitaciones, y aun llegaron á perder enteramente el catolicismo que como ella profesaban. S. M. no ha tenido por conveniente acceder á esta súplica, que igualmente han hecho tantos obispos, cabildos, ayuntamientos y corporaciones, instadas de los pueblos que representaban; y ha decretado la extincion de este tribunal, mandando V. A. S. con fecha de 23 de febrero se publique en todas las parroquias en tres domingos consecutivos al ofertorio de la misa el manifiesto al efecto dispuesto por las mismas Cortes extraordinarias, segun en ellas se habia acordado el día anterior.



El cabildo, Serenísimo Señor, no pretende esforzar las razones que prueban y convencen la necesidad y utilidad de este tribunal, ya por no molestar á V. A. S. con raciocinios y reflexiones que han hecho al intento con la mayor energia tantos obispos, corporaciones y sábios acreditados en nuestra nacion, y ya por no ofender la sabiduría é ilustracion de V. A. S.; y solo se cñe á renovar su solicitud pidiendo á V. A. S. con el mayor eucarecimiento se sirva suspender el decreto de 23 de Febrero, y la publicacion del manifiesto hasta que S. M. á propuesta de V. A. S. reflexione y exámine de nuevo este negocio, en que parece indudable debe intervenir la misma jurisdiccion eclesiástica que tuvo la principal parte en la creacion del tribunal, reconocida por nuestros reyes y por nuestras leyes. El comun del pueblo fiel español, señor, está bien ilustrado y convencido de que este tribunal no es un establecimiento puramente político, que es un tribunal para sostener la Fé, y apartar las opiniones y malas doctrinas que la combaten, conservando así pura la religion de Jesucristo, sin que para esto sea bastante la autoridad de los obispos, como nó lo ha sido en Francia ni en otros reynos. Esta doctrina se le ha enseñado hasta ahora, y ha visto el gran resultado de este sistema en el espacio de mas de tres siglos: no alcanza haya un motivo por deroso para variarla, y si advierte con el abuso de la libertad de imprenta una agitacion de opiniones en materias de religion, que ella por sí sola es bastante para convencerlo de que qualquiera reforma y variacion en lo que ha probado bien hasta aqui es sumamente expuesta. ¿Como recibirian, pues, los fieles dentro del mismo templo y desde el sagrado altar el decreto de abolicion de un tribunal conservador de la Fé?

El cabildo, Serenísimo Señor, teme un mal resultado, y no cumpliría con el deber que le impone su instituto, si no elevase á S. A. S. sus votos, pidiendo el remedio á tantos males como pueden seguirse en lo espiritual y temporal. El pueblo español ha visto que el primer decreto que ha expedido Napoleon luego que entró en España, fué el exterminio de este tribunal; lo miró con horror, y empezó á decidirse de que peleaba por la Religion haciendo frente al invasor. Parece, pues, preciso el temer rebaxe infinito el entusiasmo español en la lucha horrible que sostiene á costa de los mayores sacrificios. En fin, Serenísimo señor, se divulga ya mucho la proposicion, *de que conseguidos los dos decretos de libertad de imprenta y extincion del tribunal de la Inquisicion, queda el camino franco para qualquiera cosa*. S. A. S. tiene en su mano el poder executivo; ocurra, pues, en tiempo por el amor de Jesucristo á unos males, que tomando cuerpo, será imposible atajar. Así lo espera el cabildo del piadoso é infatigable zelo de V. A. S. por la causa de Dios y el bien de la nacion.

Nuestro Señor guarde á V. A. S. muchos años. Orense su cabildo de 14 de Mayo de 1813. = Sermo. Señor = Luis Folguera, Dean = Antonio Valencia Morales. = Dámaso Iglesias y Lago = De acuerdo del cabildo de la Santa Iglesia de Orense: Vicente Lopez, secretario.

---

IMPRENTA DE DÁVILA, calle de Barrionuevo.

---

Con licencia del Excmo. Sr. Capitan General.

---